

#### CAPITULO IV.

LA FORMA DE LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA  
ES LA UNIDAD.

Hemos visto que esta sociedad tiene el derecho de vivir vida propia, porque tiene una autonomía real que la hace distinta é independiente de la sociedad civil. Hemos reconocido el error y el crimen de esta doble tiranía que se ha levantado contra la Iglesia de dos extremos opuestos, procedente la una de abajo y colocando la fuente de todo poder en el sufragio universal; la otra ejerciéndose de lo alto y haciendo del jefe del Estado el jefe de la religion. En otros términos la verdadera sociedad cristiana

tiene una constitucion gerarquica contra la cual no deben prevalecer ni la democracia ni el cesarismo, y este órden no es jamás violado por un pueblo sin que sufra la expiacion en su dignidad rebajada, porque dice S. Anselmo: *Dios, nada ama tanto como la libertad de su Iglesia.*

Pero todavia existe un rasgo más importante para la verdadera Iglesia que la libertad, y este rasgo es la unidad. Facilmente se concibe, especulativamente, que una Iglesia falsa conserve lo que caracteriza á la verdadera, es decir la unidad social formada por una coleccion de personas que profesan la misma fe y obedecen á la propia autoridad; mas en el terreno de los hechos este fenómeno no ha existido jamás y cuando se conocen las condiciones esenciales del mismo, puede asegurarse que es moralmente imposible fuera de la Iglesia católica.

Examinemos la manera como define la unidad el protestantismo contemporáneo desesperando de producirla, y con el propósito de no perder sus ventajas. «Las Iglesias, dice, aparecen no como instituciones sobrenaturales destinadas á transmitir sacramentos maravillosos; sino más bien como una patria religiosa en la cual puede comunicarse, con el corazon y con la palabra, con muchas personas cuyas creencias no son las

mismas; en la cual las diferencias intelectuales vienen, en cierto modo, á fundirse en la comunidad del sentimiento religioso y del esfuerzo moral; en la cual el hombre de ciencia, sin perder su independencia santa, puede fortalecerse en la fé de los creyentes más sinceros. Tal es la razon que me mueve para desear el que dichas sociedades se hallen establecidas sobre tan ancha base, que sean capaces de proporcionar la mayor hospitalidad que pueda imaginarse. Consideren otros si quieren la 'glesia como una alianza dogmática sometida á una tradicion inmutable: respetaré esta manera de ver, sin perjuicio de considerarla muy distinta ó impropia del principio protestante. Por lo que á mí toca prefiero ver en la Iglesia una sociedad religiosa abierta al espíritu de exámen, ó indulgente por lo tanto con las diferencias de doctrina (1).»

En otros términos: la Iglesia es la reunion de todos los hombres animados de sentimiento religioso; pero sin creencias ni dependencias comunes, por que la creencia no se considera elemento de la religion. Vale tanto decir que todos los hombres son miembros de la Iglesia, excepto a-

(1) Sínodo protest. de 1871. M. Pécaut, sesion del 18 de Junio.

quiellos que no quieren verlo. Esta unidad, tal cual la entienden los protestantes liberales, equivale á decir que Jesucristo, Mahoma, Boudha, Confucio y Lutero pertenece á la misma Iglesia. ¿Y porqué nó Voltaire? En nuestros tiempos hemos visto ateos místicos adornados del sentimiento religioso.

Al lado de los protestantes liberales hay otros que se llaman ortodoxos, en opinion de los cuales no puede existir Iglesia sin una fé comun. «Mucho preocupan, dice M. Guizot, los progresos realizados por el espíritu de asociacion; mas así como en política y en literatura, no existe asociacion sin la prévia existencia de un fin y una regla comun, lo propio acontece con las asociaciones que se proponen la realizacion de un fin religioso. Lo que es una verdad en el órden social, lo es igualmente en el órden religioso. Cuando se trata del estado de las almas; de las relaciones de la sociedad religiosa con Dios, es cuando más se necesita una fé comun, un trabajo comun, un fin comun (1).»

De manera que al paso que para los liberales la creencia es indiferente, pues cada cual depen-

(1) Sínodo protest. de 1871. M. Pécaut, sesion del 18 de Junio.

de únicamente de su conciencia individual; toda regla de fé es tiránica y la unidad de la Iglesia no es más que la colectividad de esas diversidades, para los ortodoxos los miembros de la Iglesia deben tener creencias y obligaciones comunes, sometidas al principio de la autoridad soberana de las santas Escrituras. Hemos visto y veremos mejor aun, que la unidad, realizada en virtud de esta teoria, no es ménos irrisoria que la del protestantismo liberal.

Si segun la herejia consultamos al cisma relativamente á la nocion de la unidad, veremos que la define: la profesion de la misma fé y la participacion en los mismos sacramentos. Mas como los mismos sacramentos no tienen la eficacia de un mismo gobierno para reunir en una sóla haz, ora el conjunto de las iglesias griegas, ora los miembros de cada una de dichas iglesias, resulta entre Constantinopla y Moscou tal variedad en las cuestiones litúrgicas, disciplinares y á veces dogmáticas, que las hacen dignas de la anarquía protestante.

Sólo el catalicismo concibe y realiza la verdadera forma que conviene al cuerpo de la Iglesia. Precioso sello de verdad en una religion, puesto que la unidad consiste, lo mismo para una institucion que para el hombre, en estar siempre de

acuerdo consigo mismo. Este carácter divino es mucho más difícil de comunicar á una institucion que habla á todos los tiempos y que tiene una carrera individual más circunscrita por la duracion y por la trascendencia de sus acertos. Ahora bien, ¡qué magnífico espectáculo el de la unidad de la Iglesia en la unanimidad de tantas adhesiones sobre todos los puntos definidos, sin perjuicio de la libertad de discusion respecto de los demás, hasta tal punto que la sumision á la fé, no representa jamás la esclavitud del pensamiento! Despues de haber pesado la importancia y valor de ese conjunto de sufragios, ténganse en cuenta las divisiones de la opinion hasta lo infinito, sea en política, sea en filosofia, sea en el terreno de la ciencia, y se verá que hay una diferencia tal, que no puede ménos que causar profundísima impresion. Pero la unidad de hecho que respaldada en la Iglesia adotrada, hállase completada por la unidad de derecho que reside en la Iglesia docente. Evaluemos además el testimonio que constituyen, doctrinalmente, doscientos sesenta Papas, más de ciento veinte mil obispos y cuarenta millones de doctores ó pastores secundarios que han cantado las excelencias y la sublimidad del *Credo* de Nicea, y convendremos sin el menor esfuerzo, en que

si la verdad se halla personificada en una autoridad sobre la tierra, en esta precisamente debe estarlo.

¿Puede pedirse ménos al error que el que no caiga en contradicción? Y sin embargo, es lo que más difícilmente se alcanza.

Si aplicamos à las falsas iglesias, como piedra de toque, el principio que acabamos de proponer, no encontraremos una sólo que ofrezca la garantía de nuestra unidad de derecho, ni siquiera la de nuestra unidad de hecho, por lo mismo que no existe una sólo que posea ni el elemento activo que impone la unidad, ni el elemento pasivo que la ejecuta, es decir, ni la autoridad suficiente para prescribirla, ni la obediencia indispensable para realizarla, de donde resulta que en la herejía y en el cisma, pero más aún en la primera que en el segundo, sólo se encuentra *cierto lo incierto*.

## I.

En primer lugar: ¿puede existir siquiera en el protestantismo ese órden y esa armonía que consiste en no desmentirse? En manera alguna, puesto que dicha herejía, como su propio nombre indica, protesta, pero à nadie reune. Sólo es una contra nosotros; pero en sí misma, según sienta un célebre reformado, *aseméjase à un gusano cortado en mil pedazos*. Fijándonos exclusivamente en su única afirmacion general, la negacion del catolicismo, ¿qué es lo que vemos bajo su enseñanza? Individualidades que como los átomos de Epicuro, se persiguen, con el objeto de aglomerarse, sin poder conseguirlo; agregaciones de escepticismo, y amalgamas de incredulidad en todas las ddsis imaginables; en fin, una verdadera pulverizacion de la doctrina evangélica, dando incesantes vueltas en el campo devastado de la autoridad religiosa y arrastrada por los vientos del libre exámen al nihilismo de la fé cristiana.

¿De qué manera se han producido tales consecuencias? Todo el mundo lo sabe, por lo menos todos aquellos que quieren saberlo. El cristianismo recibe la verdad por medio de tres afluentes que se completan al reunirse en su seno: la Escritura, que contiene la revelación escrita; la tradición, que es depositaria de la revelación oral, y finalmente, la Iglesia ó sea el cuerpo *docente*, que guarda ó interpreta una y otra y las preserva de toda alteración. Ahora bien: ¿qué es lo que ha hecho el protestantismo de esas tres fuentes de la verdad? Desde luego ha suprimido dos: la Iglesia, puesto que la condena; la tradición, por lo mismo que la contradice, y si ha conservado la Biblia, es por haber considerado que nada hay más fácil que hacer decir á un libro sagrado lo que á cada cual se le antoja, cuando se han eliminado los intérpretes sagrados.

Semejante atentado constituye evidentemente una mutilación de la fé cristiana. ¿A qué pudieran las tradiciones auténticas? A nadie dió Jesús la comisión de redactar la carta constitutiva del cristianismo: subió á los cielos sin haber escrito ni haber hecho escribir una sola palabra relativamente á este asunto: el mismo símbolo de los Apóstoles, no recibió una fórmula

determinada y concreta hasta el Concilio de Nicea, sin que esto fuera obstáculo para que constituyera ley mucho tiempo antes, de lo cual resulta que circunscribir la revelación á la letra de algunos textos, por más que sean venerables, vale tanto como apreciar judaicamente el conjunto de la fé cristiana.

¿A qué rechazar las tradiciones divinas? ¿A qué especialmente rechazar la Iglesia que es su oráculo divinamente establecido? De la propia manera que la luz natural ha brotado de estas palabras "Hágase la luz," la luz sobrenatural ha resultado de esta orden no menos soberana, "Id y enseñad." Desde este momento, es decir, con anterioridad á la existencia de los libros del Nuevo Testamento, existe, pues, una autoridad docente y una autoridad directriz constituidas en el cuerpo apostólico y en sus sucesores. Propágate la doctrina, fórmase la jerarquía, reglántase el culto, el mundo, finalmente se convierte ántes de que se hayan redactado los Evangelios, por manera que la Escritura es evidentemente posterior á la Iglesia, puesto que, si así cabe decirlo, ha nacido en el seno de la misma.

Por lo demás, la Biblia, según dejamos anteriormente consignado, no es acaso en sí misma

letra muerta, incapáz de defenderse de los que la desnaturalizan, así como de darse á entender á los que no aciertan á comprenderla? Y hé ahí la razon en virtud de la cual tuvo Dios de establecer un intérprete y guardian incorruptible capáz de defenderla y explicarla, siendo esto de necesidad imprescindible, porque supuesto que la autoridad doctrinal no se halle en un cuerpo escogido, como es menester que exista, lo buscará en el espíritu de cada uno. Cuando la Iglesia no está en la Iglesia, se revela en el pensamiento individual: en el momento en que la cátedra de S. Pedro está abatida, preséntase el juicio particular con el objeto de ocupar su puesto, y en tal caso vuelan hechos pedazos los destellos de la unidad evangélica, bajo los embates dirigidos por esos innumerables protestantismos que nada más tienen de comun que su protesta.

La herejía cuenta con la inspiracion ó con la razon para penetrar en el sentido de las escrituras. Veámos cuales son las consecuencias que resultan del primer método. ¿Qué es la inspiracion? Segun unos, un rayo de luz proporcionada por el Espíritu Santo, que pone de manifiesto al alma las profundidades del texto sagrado, de la propia manera que el sol pone de manifiesto los objetos sensibles: segun otros, una intuicion

interna en virtud de la cual podemos fácilmente distinguir la palabra divina de la humana, como el paladar distingue lo dulce de lo amargo. Teoría espantosa del iluminismo, que concede á la imaginacion de cada individuo la infalibilidad de que despoja á la Iglesia. ¿Se quiere saber ahora á qué se reduce la unidad, entregada á esa corriente de fanática teosofía?

Apareció Lutero: ¿Qué vió en la escritura? Que estamos justificados por la fé sin las obras, que el libre albedrio es invencion de la Edad media, que no hay más que cuatro sacramentos, que los religiosos quedan libres de sus votos, que los sacerdotes tienen derecho á casarse con una mujer, y los landgraves de Hesse pueden tener dos mujeres si les acomoda, todo, por supuesto, bajo la responsabilidad del Espíritu Santo.

Vino Calvino: ¿Qué vió en la Escritura? Que la realidad del misterio eucarístico, respetada por Lutero, no era más que una figura, y que los hombres, convencidos de resistencia á las celestes comunicaciones, como Miguel Servet, debían expiar su crimen en la hoguera. Así lo tenía decidido el Espíritu Santo.

Vino Muncer: ¿Qué vió en las Escrituras? Que los títulos de nobleza y las propiedades considerables constituyen una usurpacion impii,

y que sus sectarios deben despojar de unos y otras á los grandes y á los ricos, valiéndose de las armas y del fuego. Nueva inspiracion del Espíritu Santo.

Vino Juan de Leyda: ¿Qué vió en las Escrituras? Que la obediencia á las leyes es una restriccion de la libertad cristiana: que él debía echar á un lado los instrumentos de su oficio para ponerse al frente de un populacho desenfrenado, apellidarse rey de Sion, y casarse con catorce mujeres, porque la poligamia constituye el privilegio de los santos patriarcas. Y todo esto, por supuesto, en virtud de una inmiscuicion del Espíritu Santo.

En resumen, los puritanos, los cuáqueros, los metodistas que han ido apareciendo sucesivamente, ¿qué han visto, ó mejor, qué han dejado de ver en las Escrituras? El espíritu no puede calcularlo ni decirlo. Las alucinaciones del protestantismo místico son un lugar comun que no puede referirse. A sus ojos el hombre desaparece delante de Dios, la razon ante la fe, la naturaleza en presen- cia de la gracia, reina en el mundo una pavorosa predestinacion, el salvarse y el condenarse son únicamente la cuestion de fatalidad, en suma, lo único que conviene es tener en su favor la inspiracion del Espíritu Santo.

Lo que la locura del fanático en semejante estado puede achacarle al Espíritu Santo, es una de las mayores humillaciones impuestas á la razon por el espíritu de rebelion.

Esto es lo que acontece cuando es la inspiracion el intérprete de la Biblia. Lo que sucede cuando el intérprete es la razon, vamos á indicarlo. Desde luego el exámen individual se eleva á la categoría de un juicio infalible en materia de fe: cada cual pronuncia en última instancia sobre las creencias y los deberes enseñados por los libros santos, y se rechaza con horror toda autoridad religiosa para constituirse en pontífice de su religion, si es que puede darse áun este nombre áugusto á los restos informes que en el fondo de sus crisoles deja una exegesis devoradora. Midamos los grados, ó por mejor decir, los abismos en que se arroja el espíritu humano dirigido por la Escritura comentada por el racionalismo.

Lutero abrigó la creencia de poder conservar la divinidad de Cristo, sin perjuicio de negar la de la Iglesia; pero dada esta rebelion general, los blasfemos no debian cejar hasta deducir en el breve espacio de trescientos años, el más crudo ateismo, y la soberbia del Lucifer alemán debía comunicar á su país esa especialidad mons-

truosa, este orgullo característico, que podría definirse: la impudencia de la negación.

En efecto: después de Lutero encontramos á Socino, para el cual la Escritura le ofrece en Jesucristo un hombre adorable; pero en manera alguna divino. Mas tarde se presenta Kant, que distingue entre la fé religiosa y la eclesiástica, y que va á buscar en los textos sagrados lo que place á la primera, rechazando cuanto fortalece á la segunda. Luego, Semler, que prescinde de casi todos los libros de la antigua alianza, y admite únicamente los que tienen una tendencia moral. Después Eichhorn, que hace extensiva al Nuevo Testamento la crítica negativa aplicada por Semler al Antiguo. Después Strauss, que ya no se satisface con despojar las Escrituras de su autoridad divina, sino que además llega al punto de tratarlas como una mitología simbólica. Más adelante vendrán aquellos de quienes habla Tremblay, que sólo emplean la Biblia como introducción á la razón pura, y que nada afirman de Dios como no sea decir que el hombre virtuoso debe desear que exista uno. Finalmente, Hegel resolverá esta cuestión capital por medio de un ateísmo grosero en cuanto cabe, y la Alemania racionalista, cerrando el círculo de sus negaciones, sorprenderá al mundo

por una capacidad de aberración superior mil veces á su poder de investigación.

¿A qué se han reducido los artículos fundamentales, respecto de los cuales debían encontrarse y estar de acuerdo las divergencias heréticas? Nada de artículos fundamentales en un sistema que ha establecido como piedra fundamental el derecho de juzgarlos, reducirlos y hasta derribarlos. Nada de confesión de Augsburgo, nada de símbolo de la Rochela para un protestantismo tan alejado de su principio que no ha mucho arrojaba de su consejo presbiteral, por medio de cinco votaciones consecutivas, al francés más ilustre de su comunión, por la única razón de creer en la divinidad de Jesucristo. «Me han arrojado al par que á Cristo» exclamaba con voz elocuentísima, manifestando una sorpresa que á nosotros mismos nos ha sorprendido. ¿Ignorabais, ilustre cristiano, que, según uno de vuestros correligionarios, «la mayoría de los protestantes no es cristiana (1)? ¿Ignorabais que siendo el yo vuestro «criterio» doctrinal, de la propia manera que no hay dos rostros que se parezcan, es imposible que existan dos

(1) Gasparin.



conciencias que interpreten del mismo modo? ¿Ignorabais finalmente que si Lutero decía ya de vuestros antepasados «tantas cabezas como creencias» (1), al presente el individualismo ha reducido vuestra Iglesia á polvo, y que para obtener sus sufragios es indispensable afirmar la divinidad de la razón, no la de Cristo, porque la consecuencia inmediata del libre exámen no consiste en que Cristo sea verdad, sino en que la razón es infalible?

Con posterioridad á la expulsión de M. Guizot, que fué «arrojado con Jesucristo» de cierto conciliábulo protestante, se ha hecho un esfuerzo en el último sínodo nacional, para hacer entrar de nuevo á Cristo en el Calvinismo. El mundo conservará durante mucho tiempo el recuerdo de las escandalosas divagaciones de esta nueva Babel. De una parte estaban los liberales, para quienes la Biblia no constituye en manera alguna un libro divino, sino simplemente un tema de predicación, respecto del cual, el ministro del santo evangelio puede ejecutar cuantas variaciones se le ocurran, desde la negación de la divinidad de Jesucristo, hasta la negación im-

(1) Miquel Stiefel. 1524.

plícita de la persona de Dios. En el campo opuesto encontrábanse los ortodoxos haciendo inútiles esfuerzos para establecer la unidad de fé, sin más regla que un libro del cual el juicio individual puede deducir lógicamente la negación de la fé. El lado triste del espectáculo consiste en que los oradores autoritarios de la asamblea no eran de lo más consecuente. Recorriendo aquellos escaños entre los cuales los había que formaban una derecha, una izquierda, un centro izquierdo, una extrema izquierda etc., afectábase uno dolorosamente al ver que la fé sólo existía en esas diversas categorías en razón inversa de la lógica. En efecto: los ortodoxos que hubieran querido imponer prácticamente la autoridad, después de haberla negado en principio, merecen que se les aplique esta sentencia de J. J. Rousseau: «Pruébame que en materia de fé, estoy obligado á someterme á las decisiones de alguno, y desde mañana me hago católico,» palabras que confirman un juicio verdaderamente célebre: «el protestantismo no es más que el lugar de una religión.»

Hemos pues llegado á conclusiones diametralmente opuestas á las anteriores, sin embargo de proceder del mismo punto de partida. En el primer caso la razón se nos ofrecía invadida por un

desbordamiento de la fe; en el segundo la fe desaparece bajo las usurpaciones de la razón y los doctores de esta ley mutilada quedan reducidos á profesores de incredulidad, que perciben del presupuesto del Estado, en el concepto de ministros de un culto reconocido.

Ante el espectáculo de esa unidad «hecha pedazos,» el alma se siente gozosa de pertenecer á una religion de la cual no es posible escribir una historia de las variaciones. Someted nuestra unidad á la prueba de las distancias y colocad un católico de París, al lado de un católico de Pekin, y les bastará recitar el símbolo de su fé, para que se reconozcan y se den el ósculo fraternal sobre el seno de su madre comun, la Iglesia. En cambio, colocad un Aglicano de Londres al lado de un Mormon de Boston, se estrecharán la mano al pronunciar el primer artículo de su «Credo;» pero ántes de concluir el segundo, se habrán anatematizado mutuamente. Someted tambien nuestra unidad á la prueba de los siglos haciendo comparecer un católico de las primitivas catacumbas en medio de las deslumbrantes asambleas de S. Pedro de Roma, y en el nuestro encontrará su símbolo, porque los dógmas que han sido definidos han dicho relación á las obligaciones de nuestra fé, no á la fé

de la Iglesia, y existían desde el principio en su seno, de tal suerte, que dado que en ellos se descubra alguna novedad, no se refiere en manera alguna á la creencia, sino en el precepto de adherirse á ella.

En cambio, ¿qué deben sentir y pensar los herejes, ante el espectáculo de esos santos de los siglos apostólicos, de los cuales se proclaman herederos, siendo así que no pueden envanecerse con en el título de discípulos? Cuando contemplo en nuestras antiguas catedrales de Basilea y Westminster, usurpadas por el protestantismo, las magníficas estatuas de nuestros primeros obispos yaciendo sobre las losas que el viajero huella sin postrarse de hinojos, parece-me escuchar la voz de esos muertos ilustres diciéndole á la herejía: ¿Qué habeis hecho del Evangelio que os legamos? Aquí existían altares sobre cuyas aras ofreciamos el sacrificio de la Víctima que se habia entregado para redimir al pueblo, y vosotros los habeis demolido; aquí habia bautisterio y piscinas para la penitencia en los cuales lavábamos los pecados del mundo, y vosotros los habeis destrozado; aquí habia Cruces é Imágenes de la Virgen, ante las cuales, el alma anegada en llanto, buscaba un consuelo á sus dolores, y vosotros las habeis profanado. En-

tónces formábamos un rebaño que conducía un sólo pastor, y al presente cada uno de vosotros es al par pastor y rebaño; entónces éramos uno como Jesús y el Padre, al presente sólo estais unidos en el odio á la Iglesia y en el principio de division. NÓ, no os apellideis hijos nuestros, pues en vuestro rostro no se descubren los rasgos de la fisonomía paternal; no os envanezcáis con el pretencioso título de reformadores de la religion, puesto que vuestras obras á nada más se dirijen que á empequeñecerla; no interrumpáis nuestro sueño con los murmullos importunos de vuestro culto, porque ni hemos entonado jamás vuestros himnos, ni comprendemos las pláticas y sermones que constituye vuestra predicacion, y en tanto que repetís una y otra vez el nombre de Cristo, Jesucristo se ha alejado de vosotros como de vuestros templos, para no dejaros más que una imágen desecha en mil pedazos!

## II.

No es ménos incompatible con la unidad el cisma que la herejía. Cierta que esta rompe la unidad doctrinal, en tanto que aquel destroza únicamente la unidad de comunión; mas ámbos á dos, al separarse de Roma, se deslizan á lo largo de la misma pendiente, sin más diferencia que detenerse el primero en un punto más elevado, la segunda en uno más bajo, y en cambio uno y otra se encuentran desprendidos del poder central y de la fuerza unitaria.

Entre las sociedades cismáticas, ¿podría existir unidad colectiva? NÓ, porque la esencia de la doctrina cismática consiste en considerar á todos los obispos como independientes y disfrutando los mismos poderes de orden y de jurisdicción. De manera que dentro de este sistema, no existe á la cabeza del cuerpo episcopal primacía alguna de derecho divino, y la supremacía ejercida por el Obispo de Roma, durante muchos

siglos, fué únicamente un privilegio concedido á la capital del Imperio.

De semejantes premisas han debido deducirse extraordinarias consecuencias segun en otro lugar dejamos demostrado. Convertida Constantinopla en capital, hase atribuido las prerogativas espirituales de una segunda Roma; apoyándose Moscou en idénticos motivos se ha declarado la tercera; Lóndres la cuarta; sin perjuicio de que mañana puedan deducir la misma conclusion París, Turin, Viena y Madrid, y que el poder temporal despues de haber asorbido en todas partes al Pontificado pueda exclamar:

Roma no esta en Roma, sino donde yo estoy.

¿Qué debe acontecer en efecto bajo el imperio de una teología que convierte en papas á todos los obispos? No es posible un concilio ecuménico puesto que no existe autoridad universal que pueda convocarlo ni que sea capaz de presidirlo. Y sin embargo, dado caso que sobrevenga una complicacion religiosa, ¿qué medios escogitarán las Iglesias para resolverla, ya que no pueden existir precedentes en los siete primeros concilios ecuménicos reconocidos por todas las Iglesias, por lo mismo que no era posible que en dichos concilios se previnieran todas las

dificultades que andando los tiempos, podian presentarse? Vamos á decirlo y no se nos tache por ello de exagerados. Cuando el sacerdote griego está descontento de los juicios de su obispo se dirige al patriarca, y este al sultan. En Rusia el pope consulta al archimandrita, el archimandrita al santo sínodo, y el santo sínodo al coronel que recibe las órdenes del czar si la cuestion lo exige. Finalmente, si se propone una cuestion parecida al tribunal de la reina Victoria, su consejo privado se decidirá en favor de los presbiterianos, tratándose de Escocia; en pro de los anglicanos, si el asunto se refiere á Inglaterra. Mas no vaya á creerse que los firmantes de Constantinopla, los ukases de San Petersburgo, y las encíclicas de Lóndres, referentes á asuntos religiosos, constituyan un cuerpo de doctrina que sea igual en todas partes. Compárense las ordenanzas pontificias de todos los soberanos cismáticos con las decretales de los Papas, y se verá que todo lo que tiene en estas de prodigiosa la condicion de unidad, es en aquellas completamente imposible. Guárdenos pues la providencia, de esos jueces de religion que están al frente de los ejércitos, porque ó bien la duda que se somete á su decision es puramente espiritual y en este caso, permiten que cada individuo crea

lo que mejor se le antoja; ó bien es temporal y en este caso sacrifican todo el interés de la religion al del principio de su autoridad. Al llegar à este punto vése aparecer en el sitio más elevado de ambas sociedades, la colosal figura del despotismo moscovita ó bizantino dominando una gerarquía colosal de autoridades reducidas á la servidumbre, haciendo mover bajo un cetro de hierro los dos escándalos de esta anomalía, la más espantosa diversidad de opiniones religiosas, obediendo á la más espantosa unidad del poder civil militar.

Y ¿será más fácil á los pueblos cismáticos la unidad individual que la unidad colectiva? Consultemos su historia, y de seguro nos contestará.

La iglesia de Focio léjos de tener una fuerza de cohesion sobrenatural, sólo posee la unidad material de los agregados que han incluido dentro de un círculo de hierro. Sus disidencias son llevadas á la barra de un patriarca que pronuncia bajo la sancion del sable musulman, y su identidad se halla sostenida únicamente por la política que ofrece el simulacro de la unidad religiosa.

El rusanismo, no obstante hallarse sometido un sínodo director, sometido á su vez á un pro-

tector imperial, se ha disgregado á pesar de las cadenas que le estrechan. Véanse en él innumerables sectas que han sacudido el yugo de la iglesia nacional. Sólo la de los «viejos creyentes» reúne trece millones de adeptos y una cuarta parte por lo ménos de los cristianos que viven bajo el dominio de los czares, en el foro interno, se ha emancipado de su jurisdiccion espiritual. Fácilmente puede comprenderse lo que sería de esta ortodoxia vacilante y amenazada de disolucion, sin el apoyo que le presta la perspectiva de Siberia.

Por último, en vano el anglicanismo al nacer de una disipacion real, se prometió conservar íntegro su Credo; pues involuntariamente y hasta á pesar suyo, se ha visto arrastrado á las divisiones y desheredado de las creencias que pretendia mantener. Desde luego se vió arrastrado á las separaciones que no queria, pues en cuanto hubo dicho «Basta de Papas, sólo obispos,» asomó su cabeza el presbiterianismo diciendo: basta de obispos, sólo sacerdotes; y vino después el calvinismo diciendo: basta de sacerdotes, sólo pastores; y siguieron en pos nuevas sectas diciendo: basta de pastores, sólo predicadores; y por último los cuáqueros que dijeron nada de predicadores, cada cual es doctor, predicador y

profeta de sí mismo. De manera que toda la gerarquía eclesiástica ha venido abajo en pos del Papa, lo cual es una nueva demostración de que destruida la clave de la bóveda, es imposible que el edificio se mantenga en pie.

Después el anglicanismo ha perdido las creencias que se empeñaba en manter. ¿Qué ha sido del bill de los seis artículos que Enrique VIII hizo jurar á su parlamento y á su pueblo bajo pena de muerte? La confesion auricular, la misa, la transubstanciacion, la infalibilidad de los concilios generales, las indulgencias, el establecimiento divino del episcopado, todas esas creencias que la Iglesia de Inglaterra recibió en su cuna, y que habia jurado conservar hasta la tumba, se han debilitado, disfigurado ó totalmente perdido despues de haber renegado de ellas. Tan cierto es que los errores populan á la sombra del cisma como á la de la herejia y que el priviu legio de no contradecirse, pertenece únicamente á la verdad.

¿Puede darse contradiccion más repugnante que la que ofrecen las Iglesias disidentes, renegando de su origen, y de la madre que les dió el ser? ¿Rechazaba la Isla de los Santos la comunión de Roma cuando S. Gregorio le enviaba á Agustín para que la convirtiera; ni la Iglesia de

Rusia cuando S. Olga y S. Ulademiro se veian colocados en los altares por mano del Pontífice; ni la Iglesia de Constantinopla cuando S. Crisóstomo imploraba los sucesores de San Pedro en su adversidad? No queda pues más recurso á toda sociedad cismática, que renunciar á su pasado, ó volver sobre sus huellas, adoptando nuevamente su enseñanza.

Esos antepasados pueden decirle: Hemos vivido con el pontificado en la union que habeis abjurado; nuestra iglesia le es deudora del nacimiento, de la educacion y de los dias más bellos que ha conseguido disfrutar. Si somos nosotros los que nos hemos engañado ¿por qué os en vaneceis de descender de nosotros? y si sois vosotros, por qué no creis lo que nosotros creiamos? El dia en que pronunciasteis esta faase criminal: «Me separo» hacia muchos siglos que viviais unidos con la Iglesia Romana. Si no era legitima, futeis culpables obedeceiéndola: si lo era, os hicisteis más culpables abandonándola. No desprecieis pues las lecciones que de vuestros padres recibisteis. Thomas de Cantorbery sufrió la muerte y S. Crisóstomo los rigores de dilatados destierros antes que humillar al Cesar la magestad del poder espiritual. Al presente haceis del poder temporal el dispensador de las cosas ce-

lestes. Habeis convertido la dominacion de Cristo en un reino de este mundo y doblais la rodilla ánte los señores de la tierra al par que levantaiis con orgullo la cabeza en presencia del representante de Dios. Ah, tomáos el trabajo de vuestros antiguos pontífices, y de vuestros mártires, acordaos de vuestros siglos de gloria y de vuestras pasadas promesas, porque desde que no estais con Roma, no estais siquiera con vosotros mismos.

## CAPITULO V.

### DE LA EXISTENCIA QUE DEBE TENER LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA.

La unidad religiosa solo puede realizarse y se ha realizado en el seno del verdadero cristianismo. La herejía y el cisma han desfigurado la nocion por la impotencia de formar el verdadero tipo, é ignorando la manera de hacer la unidad, han adoptado el partido de imitarla. Queda no obstante demostrado que la unidad, para el cisma, consiste en todo cuanto está conforme con el capricho de los sultanes ó de los czares, y que dicha unidad, para el protestantismo, es la concordia intelectual que puede resultar de

un estado de cosas parecido á este: "Puede distinguirse perfectamente el protestantismo; pero en manera alguna la Iglesia protestante. Entre nosotros no existe más vínculo comun que el odio al papado. El protestantismo no ofrece al presente más que una série de ceros sin numerador alguno (1)."

Una vez resuelta la cuestion de forma, en todo cuanto se refiere al cuerpo del verdadero cristianismo, se presenta otra que se contrae á la estatura que debe tener. Dicha estatura, ó sea su desarrollo en el espacio, la constituye su universalidad. Preciso es convenir en que los caminos de hierro y los buques de vapor han reducido al parecer el valor de esta prueba. Cuando los viajes eran difíciles, podia sin dificultad alguna admitirse que una doctrina que habia alcanzado al extremo opuesto del mundo, no podia ménos que ser divina, por lo mismo que solo una fuerza divina era capaz de hacerla llegar á tan remotas regiones; mas cuando basta un tren de recreo para sembrar de Biblias el espacio comprendido entre San Petersburgo y Cádiz, parece que el catolicismo de la Iglesia, no tanto se

(1) De Busiéro, Schmala protestants, etc., etc.

debe á la conquista llevada á cabo por los mártires, como á la tarea de los viajeros y á la compañía de navegacion. Con todo esto, el verdadero cristianismo ha conservado, desde este punto de vista, un privilegio de universalidad que no resiste comparacion alguna.

¿De qué manera el protestantismo entiende el catolicismo? Difícil es comprenderlo, puesto que este error es esencialmente protestiforme. No puede fotografiarse, porque no permanece un solo instante en la misma posicion. Sin embargo, puede decirse que ha imaginado un catolicismo para su uso particular, y en provecho propio, cómodo sobre toda ponderacion, el dia en que ha definido la Iglesia, la reunion de todos los hombres unidos en virtud de un sentimiento religioso. De esta manera el protestantismo se ha apropiado todas las iglesias, á fin de que nadie pueda echarle en cara la insuficiencia de la suya. Es la filosofía de aquel mísero anciano que para consolarse decia: nada tengo; pero el universo entero me pertenece. Por lo demás, cual si tuviera el sentimiento de su impotencia de proselitismo respecto de los paganos, el protestantismo ha dirigido todos sus esfuerzos contra la verdadera Iglesia, contentándose con relajar católicos sin conseguir hacer cristianos, lo cual,



como fácilmente se comprende, es ménos costoso, y sobre todo ofrece ménos peligros.

Y en cuanto al cisma, ¿qué idea tiene formada del catolicismo? Una idea evidentemente arbitraria y falsa, porque todas las iglesias cismáticas son nacionales, y la nacionalidad se opone al catolicismo. La propagacion de la fé es imposible á esas iglesias, porque teniendo su apostolado el color de la bandera de la patria, no le es posible penetrar en el campo vecino sin que su propaganda, más bien que encaminada á evangelizar, ofrezca todos los caracteres de una declaración de guerra. Preséntase el Evangelio á un imperio bajo la enseña del soberano de otro imperio, y el Evangelio será rechazado como una especie de invacion extranjera en las almas; más que se presente en nombre del anciano venerable cuyo reino no es de este mundo, y que en lugar de pretender la sumision de los demás á su yugo, él mismo sufre las cadenas de la opresion, y se verá al Evangelio atravesar todas las fronteras y ser recibido en todas las naciones con los brazos abiertos.

Finalmente: ¿qué es el Catolicismo para la verdadera Iglesia? Vamos á manifestarlo en breves palabras. Séanos permitido ántes, sin embargo, hacer notar, que para definir las condi-

ciones de una comunión católica, nuestra Iglesia está más autorizada que todas, puesto que dicha definicion constituye la explicacion de su nombre. Desde el tiempo de los Apóstoles se le ha distinguido por sus mismos enemigos con el nombre de la Iglesia católica, que vale tanto como decir verdadera Iglesia, puesto que el catolicismo, tal cual debe atenderse, constituye un título de grandeza que ninguna otra le puede usurpar. Para convencernos de que el catolicismo es un signo positivo del verdadero cristianismo, basta meditar de que manera se realiza, 1.º por el catolicismo, 2.º por las comuniones disidentes.

## I.

El catolicismo es la difusion permanente y simultánea del Evangelio en la mayor parte del mundo conocido, y entre un número considerable de sus habitantes.

Cada una de esas palabras encierra un sentido muy digno de ser meditado. La difusion debe ser permanente, porque si dejaba de serlo un sólo instante, con relacion al conjunto de la humanidad, resultaría un eclipse de la luz espiritual, más contrario al orden providencial que no lo sería físicamente la desaparicion del sol. Debe ser tambien simultánea, porque si el reino de las claridades evangélicas fuese sucesivo para las diversas naciones, como lo es, por ejemplo, el paso de un viajero, su extension no sería en manera alguna, geográficamente hablando, católica ó universal. Debe tener lugar, por lo ménos, en la mayor parte del mundo «conocido,» porque cuando Jesucristo les dijo á los apósto-

les: Enseñad á todas las gentes, y cuando S. Pablo afirma que el Evangelio crece y fructifica en todo el universo, «no deben mentarse en son de burla, dice Bossuet, la China, las tierras australes, la América, para disputarles la verdad de la predicacion escuchada por el mundo entero,» ya que la mision esencialmente espiritual de la Iglesia consiste en iluminar con las luces de la fé los países descubiertos, no en descubrir países desconocidos.

Por último, añade que la difusion requiere el ser aplicada á un número considerable de hombres pertenecientes á esta mayor parte del universo, porque si el catolicismo se extendiera por orden divino á todos los hombres, no sería compatible con la libertad moral, y si no se extendiera á un número considerable, constituiría en manera alguna una prueba, ya que al presente gracias á los medios de locomocion, es por demás facilísimo á toda negacion tener representantes en las comarcas más lejanas. De manera, que el cristianismo verdadero, debe estar presente á la vez y sin interrupcion, en la mayor parte del mundo conocido y aceptado por un número considerable de sus habitantes. Este prodigio de su constitucion le es propio hasta tal punto, que el error no puede falsificarlo; de ma-

heja, que si bien es cierto que el cisma y la herejía alcanzan algun resultado sobre la tierra, jamás alcanzarán el del catolicismo.

¿Y cómo nó, si el catolicismo es una consecuencia de la unidad y de la libertad? Donde quiera que la razon privada divide infinitamente la creencia, hay tantos cristianismos como cristianos. Sucede en este caso que los discípulos de una misma secta se tocan sin adherencia, semejantes á los granos de arena que cubren la playa, y estando cada catolicismo separado por los jalones que fija el pensamiento individual, hay millares de catolicismos; pero no existe un sólo catolicismo verdadero. El catolicismo en las sociedades cristianas depende tambien de su libertad espiritual. Donde quiera que el pontificado se halla absorbido por la monarquía, la Iglesia se convierte imprescindiblemente en un anexo del Estado. En tal caso, le sirve de límites una frontera; una línea de aduanas le circunscribe: los políticos y los espíritus mezquinos, se aplauden de haber convertido á Dios en servidor de la patria; pero las almas varoniles é ilustradas se sublevan, convencidas de que la nacionalidad de la religion es la exclusion de su dominio universal, y por consiguiente una negacion indirecta de la verdad.

No ignoro los prodigios de habilidad realizados por el cisma y la herejía con el objeto de escapar á estas conclusiones, valiéndose, principalmente, del medio de comprender dentro de la comunidad católica á todos cuantos creen en Jesucristo, con el propósito de que pueda el que quiera separarse del catolicismo sin salirse de él; pero basta juzgar con el criterio del sentido comun, para apreciar el valor de esta pretension y de este expediente. Renegar el simbolo y la autoridad de la Iglesia, y atribuirse sus caracteres incommunicables; rehusar el ser católico por la sumision y aspirar á serlo por las prerogativas; reclamar, por último, el título de ciudadanía para abandonar la ciudad, é imaginar que se puede formar parte de un árbol no siendo más que una rama separada del tronco, es tener muchas exigencias respecto del catolicismo y poquisimas respecto de la propia razon. No queda, pues, mas recurso al cisma y á la herejía que trabajar en la tarea de universalizarse con nosotros, ó cesar en sus pretensiones de arrogarse los honores de nuestra universalidad. Si somos católicos en virtud de una fuerza puramente humana, tienen á su disposicion abierto el mismo campo, cuentan con los mismos medios, y por consiguiente pueden y deben con-

fundirnos por medio de un éxito igual al nuestro; pero en cambio, si somos católicos en virtud de las promesas que se nos hicieron, y de una gracia de la cual no pueden disfrutar, debemos reconocer nuestras ventajas en lugar de pretender su beneficio, al propio tiempo que nos rechazan.

Véase ahora lo que ha hecho la Iglesia para establecer y sostener el milagro de su catolicismo, y lo que jamás podrá hacer sociedad alguna religiosa. Si consultamos la experiencia, nos enseña que la aspiración de la monarquía universal es un sueño irrealizable. Los errores, como las aspiraciones del hombre, tienen un alcance por demás reducido en su fuerza proselitica: su temperamento no es cosmopolita, puesto que para florecer necesitan un cielo especial. Por esto en un momento determinado, tal montaña detiene su vuelo, un río constituye una barrera que no se puede traspasar. Así vemos que el poder desbordado de Cambises encuentra en Egipto un dique opuesto á su invasión; que el de Alejandro se estrella en las márgenes del Indo; el de Aníbal en Cápua; el de Napoleón en las llanuras de Moscov.

En cambio, el poder de Jesucristo es de tal modo universal por naturaleza, que bajo el pon-

tificado de San Pedro, el Evangelio había sido ya predicado «á todo el mundo y á todas las criaturas.» En el siglo segundo, cuando la Iglesia no poseía más poder temporal que el reducido ámbito de las catacumbas y los suplicios, sus confesores contestaban á las preguntas de los procónsules: Pertenecemos á la Iglesia católica, y Plinio el joven se lamentaba de que apenas quedaran compradores de víctimas paganas. Posteriormente, el imperio romano reducíase de día en día en virtud de la creciente invasión de los pueblos bárbaros, y al par crecía y se ensanchaba la Iglesia por la adhesión de los bárbaros y la conversión gradual del imperio. Finalmente, después de esto, la sociedad religiosa más intolante con las pasiones, es decir, la que prescribe la monogamia indisoluble, la confesión auricular, la adoración eucarística; ha continuado constantemente siendo la más numerosa, en términos que su población excede á la de todas las sectas cristianas consideradas en conjunto, y según las estadísticas protestantes, y la autoridad como se ve, nada tiene de sospechosa, en 1830 contaba con treinta y cinco millones de cristianos más que antes de la rebelión de Lutero.

El libre pensamiento puede, pues, prescindir del trabajo de entonar nuestra oración fúnebre.

Dios ha proporcionado en todo tiempo al catolicismo la verdad sobre la tierra, y continuará proporcionándosela. Y no puede abrigarse, respecto de esto, duda alguna, porque cuando las deserciones del arrianismo comprometieron la integridad de esa extensión, la conversión de la Etiopía, de España y de los Sarracenos vinieron á completarla: cuando los Griegos cismáticos se desprendían de este tronco sagrado, adheríanse al mismo los Daneses, los Noruegos, la Suecia y la Hungría: cuando Lutero y Calvino levantaban el estandarte de la insurrección, México, el Brasil y una gran parte de las Indias y del Nuevo Mundo se sometían al catolicismo; y al presente, lejos de estar en decadencia, como parecen indicarlo los cantos elegíacos que entonan con aire compasivo sus adversarios apasionados ó ignorantes, hállase próspero y pujante como siempre. Para convencerlos de ello y para convencernos también nosotros, no tenemos que hacer otra cosa más que acudir á las lecciones de la historia contemporánea.

Tómese un mapa-mundi, evalúense los continentes y los mares, cuéntese, en fin, todo el rebaño del Pastor universal, y que la gran voz de esos pueblos desconocidos responda por Jesucristo. Hace cien años Inglaterra y Escocia solo

contaban en su seno sesenta mil católicos; hoy abrigan cuatro millones, sin contar catorce sedes episcopales distinguidas, y prescindiendo del restablecimiento de la jerarquía eclesiástica. Hace cien años solo existía un obispo en los Estados Unidos; el presente se cuentan treinta y ocho, que conducen un rebaño de cinco millones de fieles. Por último, en Alemania, en Asia, en Africa, en Oceanía, en suma, en todas partes sigue el desenvolvimiento católico la misma progresión, y los que cierran los ojos á la divinidad de este hecho, no pueden desconocer el hecho en sí mismo. Solo Pio IX, en su inmortal pontificado, ha erigido más de ochenta sedes episcopales; más de veinte vicariatos ó prefecturas apostólicas, y ha ensanchado en una décima parte el imperio de la propaganda. Muéstrenos el cisma y la herejía un saumento equivalente, ó reconozcan que su vitalidad, en decadencia, es el síntoma de un fin inevitable. Toda religión que no reemplaza sus muertos, está llamada á desaparecer; y si bien es cierto que los poderes materiales que la sostienen, continúan prestándole el apoyo material bajo el cielo en que vive, llega un día al cabo en que no obstante conservar el territorio, debe convencerse de que ha desaparecido la población.

Existen alarmistas enemigos de la Iglesia que se toman el trabajo de llorarla anticipadamente. Convengamos en que hay por su parte exceso de solicitud. Las fuerzas vivas del catolicismo son inmensas. Si se tiene en cuenta la plenitud de las pulsaciones en el corazón de la Iglesia, se sorprende uno del pesimismo ignorante capaz de confundir con la agonía, los síncope de semejante organismo. No, no, los que tenemos la honra de llamarnos cristianos, en la acepción antigua de esta palabra, no somos tan contados como se dice; de manera que horroriza el número de crímenes que debería cometer la tiranía que por medio de la espada pretendiera corregirnos de este error.

Pero la mejor contestación que puede darse á los que nos entierran en vida, la tenemos en la obra de la propaganda de la fe. Cuando la sociedad romana rechazó á la Iglesia, esta se dirigió hácia los pueblos del Norte, diciendo: me voy con los bárbaros. Posteriormente, gracias á esta evolución renovada oportunamente, ha logrado reparar siempre y con la mayor rapidez los claros que resultaban en sus filas. Recuerde se que en 1836 no existía un solo aspirante al seminario de las misiones extranjeras; pues bien, hoy se cuentan ciento treinta; que en dicha época

poca no existía entre nosotros cuerpo religioso á las órdenes de la Propaganda, y al presente á duras penas pueden contarse las congregaciones de hombres y mujeres que proporcionan reclutas á este apostolado: que entonces la China estaba cerrada con una doble muralla al paso de los misioneros, y hoy administran el sacramento del bautismo á más de veinte mil personas en el término de un año: que en 1822 el personal de los misioneros que evangelizan en tierra de infieles, solo se componía de 27 sacerdotes y de 350,000 neófitos, al paso que el año último (1) el número de los primeros se elevaba á 440 y á 700,000 el de los cristianos. Esas cifras bastan por sí solas para demostrar que no existe peligro alguno de que se extinga la actual familia de Nuestro Señor Jesucristo.

Y también podría decir el catolicismo á esos jereñas engañosos ó engañados, que presumen que fuera de la Francia no hay salvación para la verdad; ¿Con qué derecho me inscribís en el catálogo de los muertos, cuando no soy más que proscrito por vosotros? Si abandono una patria, no soy yo, es ella la que corre el riesgo de morir;

(1) 1870.

por lo que á mí toca, vivirá siempre. Suponiéndose por un momento que habeis de conseguir arrojarme completamente de vuestro seno, ¿creéis que ha de faltar un suelo que pisar? Entregadme mis cálices y mis ostensorios; devolvedme mi cruz y mi báculo de peregrino, y emprenderé el viaje hácia el Japon ó Cambodge, á la costa de Coromandel, á las dos Américas, donde de seguro seré bien recibido, y con tales muestras de aprecio, que han de bastar á consolarme de todas las ingratitudes y del más cruel abandono, y sabed que si la gloria de los imperios puede extinguirse con la tierra sobre la cual se levantan, la mia puede cambiar de sitio; pero es inmortal.

## II.

Fijándonos ahora en la contra prueba, preguntémosnos: ¿Qué debemos pensar del catolicismo protestante? Como carece de unidad social,

es imposible que queda poseer la extensión territorial y numérica que constituyen la esencia del catolicismo permanente y simultáneo. «El protestantismo es inorgánico, ha dicho un testimonio desinteresado: al presente vive áun el primero y vigoroso impulso que recibió en el siglo décimo sexto, de sus antecedentes políticos, del elemento de la nacionalidad; mas ese impulso se agota, la tabla del buque se desconyunta, el edificio cruje y se grieta y se cuarteja por todas partes: las fuerzas auxiliares se retiran y si bien es cierto que existen protestantes, la verdad es que no hay protestantismo (2).»

En semejante estado de disolución el protestantismo consume toda su energía en mantenerse en pié, faltándole completamente todo lo que ha menester para la expansión y la conquista. Careciendo de fuerzas para ejercer la propaganda por medio de la palabra, contentase con distribuir biblias, mas la Biblia mutilada por los que la distribuyen, es frecuentemente profanada por los que la reciben, y en verdad que sería el colmo de la insensatez considerar que cada uno de esos volúmenes regalados, representa un al-

(2) Véase protestante.

ma conquistada para Jesucristo, pues las personas instruidas ven en las Escrituras lo que se les antoja, y los inocentes no entienden ni una palabra. «Entrégnense al Papa para que los emplee en las misiones; los caudales que la sociedad bíblica invierte en la distribución de libros, y en breve tiempo habrá hecho más cristianos que páginas tiene cada uno de dichos libros (1).

Ahora bien, ¿qué es lo que debe esperar la reforma en virtud de esta falta de fuerza expansiva? Que dentro de algunos siglos habrá dejado de existir. Semejante á esos montes escuetos de los cuales sólo queda, en fuerza de la influencia ejercida sobre los mismos por los agentes atmosféricos, el descarnado esqueleto de piedra, sólo quedará de lo que le dió origen, el orgullo de la razón, causa eterna y eficiente de toda herejía; mas el protestantismo como religión, desaparecerá, y los últimos restos de su existencia se dirijirán indispensablemente á uno de los dos polos constituidos por la afirmación absoluta, ó por la negación completa del cristianismo, es decir, al catolicismo, ó al racionalismo.

Por lo demás si el protestantismo ha renun-

(1) De *Maistre, Del Papa.*

ciado á la conquista, más bien que para ahorrar-se el trabajo que importa, ha sido por el sentimiento y la convicción que tiene de su esterilidad. No hay nación cristiana en el mundo que posea un campo más vasto para la propagación de la fé que Inglaterra, que ejerce dominio sobre una población de cien millones, únicamente en el Indostan. Pues bien, ¿qué frutos ha producido el apostolado anglicano en ese inmenso teatro en el espacio de treinta años? Unas trescientas conversiones entre las cuales no se cuenta la de un solo Bramin ni la de un Rajahpout. Así se explica que los órganos más distinguidos del protestantismo le «hayan aconsejado repetidas veces que abandone las misiones á la Iglesia católica, fundados en que la reforma no es atributo propio del cristianismo de las comunidades jóvenes (1).»

Ahora bien: ¿qué es la Iglesia anglicana? «Una momia, un cadáver que no puede sostenerse ni siquiera respirar (2).» Especie de aparición nómada que se pasea protegida por el pabellón nacional y seguida de cargamentos de

(1) *Monthly Review*, 2, 90, p. 323, au. 1832, *Gaz. offi. de Alem.* 1833.

(2) *Revue Britannique*, 1836.



libros desde Londres al fondo del Indostan, haciendo negocios; mas no conversiones, vendiendo á muy buen precio el ópio, y no logrando colocar su Evangelio ni aún dándolo de balde. Convenimos en que es una empresa espléndidamente sostenida; mas en manera alguna un catolicismo: lo que es puramente británico, jamás será universal.

El catolicismo es igualmente y por las mismas razones imposible para el cisma. ¿Qué es la Iglesia de Focio? Un producto exclusivamente oriental, y un compromiso de la sofística griega con el despotismo musulman, que jamás ha podido imponerse á la recta y firme razon del Occidente.

¿Qué es la Iglesia rusa? Una creacion hypérborea que se mantiene gracias al frío á que la ha reducido su aislamiento, semejante á esos cueros inanimados que se conservan merced á la congelacion; pero que ni crecen ni se mueven. Creacion además completamente local, que sólo puede subsistir y subsiste dentro del círculo trazado por una espada cuya empuñadura está en S. Petersburgo, y cuya punta pretende dirigirse hácia el Bósforo sin conseguir traspasarlo. De manera que todas las dominaciones que no representan el verdadero cristianismo, tienen algo

de restringido, y sus brazos no pueden estrechar al mundo entero, por la razon sencillísima de que el mundo no les pertenece. Es que Dios jamás abandona al hombre más que un sólo punto del espacio; la universalidad se la reserva para él.

En cambio, ¿quién es ese anciano octogenario cuyo cetro es más grande que el de Alejandro y Sesostris? ¿Cuya es esa autoridad que teniendo el centro de residencia en Roma, su circunferencia alcanza á todas partes? Los mares la han visto llegar y se han replegado delante de ella. *Mare vidit et fugit*. Las cimas de los Alpes y de las Cordilleras han recibido su visita y se han aplanado ante su paso. Goza de todos los temperamentos y de todas las nacionalidades: ha dado la vuelta al mundo y en todas partes está como en su casa; ha vivido en todos los siglos siendo siempre la misma. ¡Oh Sion santa, oh torre de David, faro iluminado en las alturas para que se distinga de lejos: el error podrá desconocerte; mas en manera alguna reproducirte! Por esto cuando considero que tu luz abarca al par ambos hemisferios, en tanto que la del Sol solo baña uno de ellos, lejos de anonadarse mi razon, comprendo que se engrandece en virtud

de ese homenaje prestado á tu universalidad, Creo en la Iglesia católica.

Y no se crea que semejante exclamacion sea resultado de entusiasmo de la fé, y una especie de lirismo supersticioso: no, al expresarnos de esta suerte tenemos ante los ojos una estadística reciente (1). La poblacion de la Iglesia sobrepaja numéricamente, no solo á las de las demás comuniones cristianas, sino tambien á las de las demás religiones. Cuéntanse 70 millones de cismáticos griegos, 66 millones de protestantes, 100 millones de mahometanos, 60 millones de brahmanes, 180 millones de budhistas, 152 millones de paganos de otras creencias, y «doscientos ocho millones» de católicos. Si á esto añadimos que la poblacion de esos diversos cultos es el producto de las influencias y de los poderes locales, secundados por la ignorancia, en tanto que la nuestra es el fruto y la expresion de una civilizacion cosmopolita y adelantada, y que la Iglesia está llamada á ganar todo el terreno que vayan perdiendo las demás religiones, no queda más remedio que compadecer á los que hablan de una próxima sepultura. Si el número

(1) Véase la *Civilisación*, año 1890.

y la vitalidad deciden del porvenir de las sociedades religiosas, la nuestra no tiene porque ocuparse en sus honras fúnebres, porque el mundo ha de asistir á muchas otras ántes que á las del catolicismo.

A más de que esta expansion caracteriza tan bien el verdadero cristianismo, que las falsas iglesias no pretenden siquiera ensayar la falsificacion. Separándose pierden el poder y la voluntad de convertir: no realizan conquistas, hay más aún, afectan desdeñarlas, y nada más natural que su esterilidad, por lo mismo que han rechazado el «Esposo» (1). En vano es sin embargo que se consuelen y se envejecen y hasta glorifiquen semejante inmovilidad: en el mero hecho de vegetar, están en decadencia; en el mero hecho de no difundir sus luces por todas partes, no merecen reinar en ninguna, y abandonando á nuestra Iglesia el glorioso nombre de católica, hacen una confesion implicita de su verdad, asemejándose al inconsecuente y débil Pilatos que escribia los títulos de Jesus y que sin embargo no le prestaba el tributo de su adoracion.

(1) De Maistre. *Del Papa*.